

Cómo Shri Hanuman recibió su nombre

Basado en un relato del *Ramáyana*

Cuando niño, Shri Hánuman se llamaba Anjaneya, hijo de Ánjana. Esta es la historia de su primera aventura y de cómo llegó a ser conocido como Shri Hánuman.

Anjaneya heredó una gran fuerza y determinación de sus padres, Ánjana y Kesari. Vayu, el Señor del Aire, el Aliento del Mundo, lo amaba como a un hijo y sabía que él tenía un gran destino que cumplir. Vayu le había dado a Anjaneya algunos de sus poderes celestes y lo había tomado bajo su protección desde su nacimiento.

Aunque había sido dotado con cualidades divinas, Anjaneya no se había dado cuenta de que era un ser único. Al vivir en el bosque cerca de Kishkindha, podía columpiarse de un árbol a otro durante horas, perseguir a las criaturas del bosque y jugar a las escondidas con otros niños monos. Siempre estaba lleno de una energía vibrante.

Una mañana Anjaneya despertó con un apetito feroz y salió de su cabaña para buscar algo de comer. Percibió el sol que salía sobre el bosque en el horizonte del oriente. Lleno de asombro, miró colgando sobre los árboles la fulgurante esfera roja, que parecía una fruta madura y succulenta. La curiosidad de Anjaneya se despertó. ¿A que sabrá esa fruta roja y luminosa? –se preguntaba. ¿A mango? ¿A deliciosa sandía? Como sentía más hambre, decidió ir a descubrirlo por sí mismo.

Saltó en el aire, completamente absorto en la gigantesca fruta roja que deseaba. Se elevó al cielo y voló a gran velocidad hacia el sol. Debajo de él, las montañas y los ríos, los bosques y las ciudades brillaban con la luz del amanecer, volviéndose aún más pequeños a medida que él subía más y más alto. Anjaneya no prestó atención al mundo que había dejado abajo, ni a la vasta majestuosidad del cielo que lo rodeaba; solo tenía ojos para el sol que creía que era una fruta.

El Señor Surya, la deidad del Sol, estaba desconcertado y un poco alarmado al ver a un niño mono lanzarse hacia él a gran velocidad.

--Señor Indra --le gritó al rey del cielo-- ¡Necesito tu ayuda!

El Señor Indra, que caminaba apaciblemente en sus jardines, escuchó el llamado de auxilio de Surya y quedó intrigado. “¿Qué tipo de ayuda podría necesitar Surya? --pensó--. Él puede calcinar cualquier cosa que se le acerque.” Llamó a su montura, el gran elefante blanco Airávata, subió en él y voló hacia el sol.

Sorprendido de ver a un niño mono acercándose para arrancar al sol del cielo, el Señor Indra exclamó con fuerza

--¡Détente! ¿Quién eres? ¿Qué crees que estás haciendo?

Sin detener su vuelo, que se precipitaba hacia el sol, Anjaneya gritó:

--Yo soy Anjaneya, hijo de Kesari y de Ánjana. Quiero comerme esta hermosa fruta dorada”.

El Señor Indra, divertido al principio, respondió:

--¿Qué quieres decir? ¡Esa no es una fruta! Es el Señor Surya, que lleva toda luz y vida a la tierra. Regresa a tu casa en la tierra de inmediato.

Obstinado en su meta, Anjaneya ignoró al Señor Indra y estiró las manos hacia el sol, totalmente inmune a su calor. El Señor Indra se preocupó ahora. La estabilidad de los cielos estaba siendo amenazada. Sin pensarlo dos veces, lanzó su gran rayo Vajra hacia Anjaneya, golpeándole la mandíbula. Anjaneya cayó girando, inconsciente por el poder del golpe. Descendía en espirales más y más y más abajo hacia la tierra, y aterrizó en el desierto, donde quedó inconsciente.

Movido por su intuición, Vayu, el Señor del Viento, fue guiado hacia el desierto y pronto encontró al niño herido. Reconoció la inconfundible marca del rayo de Indra sobre la cara de Anjaneya y gritó furioso sacudiendo su puño a los cielos:

--Indra, veo tu obra en el mentón de este niño. ¿Cómo te atreves a atacar a mi amado hijo? ¿No sabes quién es? ¡Voy a abandonar esta tierra y nunca regresaré!

Llorando, Vayu tomó en sus brazos la débil forma de Anjaneya. Convocó a todas las brisas y corrientes de aire hacia él y voló hacia el Patalaloka, el reino debajo de la tierra. Allí hizo una cama de hojas y suaves hierbas, sobre la que acostó a Anjaneya, sosteniendo su mano y cantándole canciones de sanación.

En ausencia del Señor Vayu, no había movimiento de aire en la tierra. Las hojas no susurraban en los árboles. El arroz no se mecía en los campos. No había ondas en los lagos y los ríos. El aire estaba rancio y estancado. No había lluvia, ni nubes. Las plantas se secaron. Los fuegos chisporroteaban extinguiéndose. Los animales yacían donde estaban, demasiado exhaustos para comer. La gente luchaba por respirar.

El Señor Brahma, el creador, observó alarmado la situación en la tierra. Convocó a una reunión de los dioses: el Señor Vishnu, el sustentador y protector, Surya, Señor del sol, e Indra, el Señor de los cielos.

--Indra, actuaste con mucha precipitación --dijo con firmeza--. Podías haber intentado la persuasión en lugar de proceder con fuerza. ¡Es solo un niño!

--Sí, y él tiene un papel vital que desempeñar --dijo el Señor Vishnu--. En esta era del mundo, yo he nacido como el Señor Rama, un príncipe de Ayodhya. Este niño me ayudará en mi misión de reestablecer la luz en la tierra.

El Señor Brahma habló otra vez:

--Debemos ir con Vayu. Indra puede hacer las paces y nosotros podemos ofrecer nuestras bendiciones al niño divino.

En un momento, más rápido que la velocidad del pensamiento, el Señor Brahma y los dioses estaban afuera de la cueva en Patalaloka, donde Vayu estaba sentado junto a Anjaneya.

--Oh gran Señor del Viento, hemos venido a enmendar y a suplicarte que devuelvas tus bendiciones a la tierra. Por favor déjame curar al niño --dijo el Señor Brahma con gran sentimiento.

Vayu salió de la cueva, con la cara surcada de lágrimas, y miró con recelo a los allí reunidos.

--Lamento mucho haber atacado al niño --dijo el Señor Indra con sinceridad.

Vayu miró severo al Señor Indra, pero no habló. Con un ligero movimiento de cabeza, les indicó que podían entrar.

El Señor Brahma llegó a los pies del niño inconsciente, levantó sus grandes brazos sobre él, lo envolvió con su poder y dijo:

--Desde hoy ningún arma te hará daño jamás. Tu cuerpo será tan fuerte e invulnerable como el rayo. También tendrás la capacidad de cambiar de forma a voluntad y de viajar fácilmente a dondequiera que desees."

Anjaneya abrió los ojos y se sentó, mirando animado alrededor. Su cuerpo tenía más vigor que nunca, y sin embargo su mandíbula llevaba aún la marca del rayo de Indra.

Brahma le sonrió afectuosamente y le dijo

--Ahora serás conocido como Shri Hánuman, el de la quijada rota.

--Shri Hánuman --dijo Vayu sonriendo--. Es un buen nombre.

--Lamento haberte herido, Shri Hánuman --dijo el Señor Indra--. Desde este día vivirás tanto como quieras. Eres *chiranjiva*, inmortal.

El Señor Vishnu caminó acercándose y tocó al niño suavemente en el corazón, encendiendo una flama que jamás se extinguiría.

--Serás un gran devoto de Dios --le dijo amorosamente.

Y al final, el Señor Surya se adelantó, y tomando las manos de Hánuman, dijo:

--Eres joven, Hánuman, y tienes mucho que aprender. Yo seré tu maestro. Compartiré contigo todo mi conocimiento y sabiduría.

--Gracias, Señor Surya. Por favor perdóname. Te confundí a ti, la gran luz de este mundo, con una fruta. Me sentiré muy honrado de ser tu estudiante y ardo en deseos de aprender de ti --dijo Hánuman con una sonrisa traviesa.

Todos rieron.

--Gracias, grandes señores, por sus bendiciones --dijo Vayu--. Volvamos a la tierra para nutrirla. Los invito a todos a un gran banquete de celebración.”

Veloces como el viento, los dioses y Shri Hánuman regresaron al bosque. Ánjana y Kesari desbordaban alegría de ver a su hijo otra vez. Y mientras el sol se ponía en el cielo del occidente, lanzando un brillo dorado sobre los rostros de todos, ellos disfrutaban de un festín de frutas dulces, néctar, nueces maduras y semillas.

Al día siguiente Shri Hánuman comenzó su viaje hacia la sabiduría bajo la guía del Señor Surya. Cada día se volvía más fuerte y más sabio. Pronto estaría listo para cumplir su destino y servir al Señor Rama.

El Ramáyana es un poema épico escrito por el sabio Válmiki. Narra la historia del Señor Rama, una encarnación del Señor Vishnu. Se considera como una de las grandes obras de la literatura de la India, junto con el Mahabhárata.